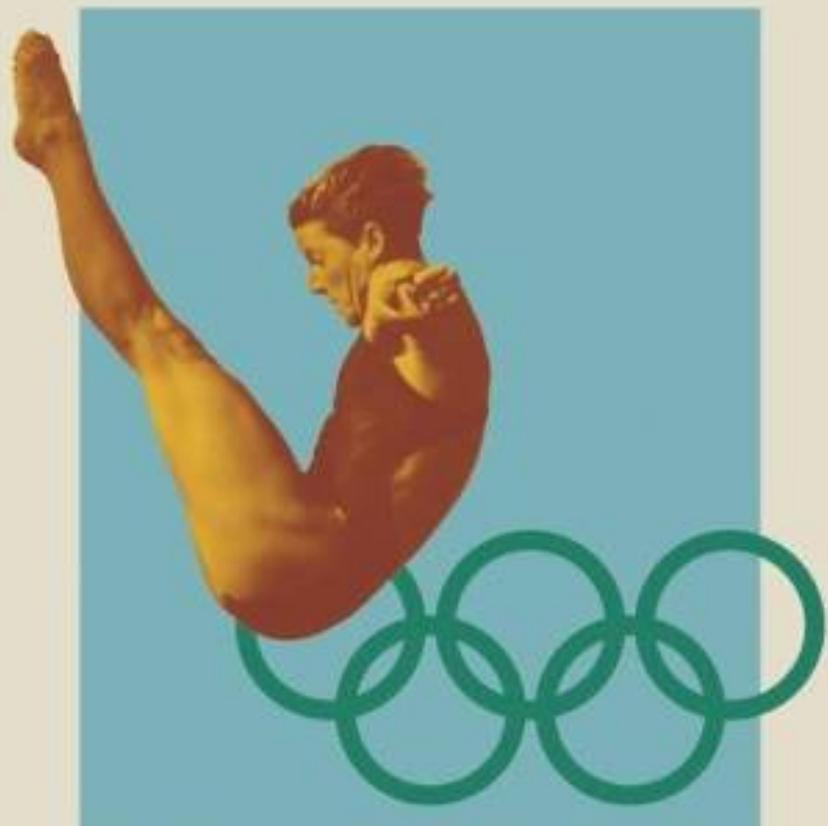


25 julio

1992

La vuelta al mundo  
de España



Jordi  
Canal

Los Juegos Olímpicos de Barcelona 92 fueron considerados por muchos los mejores de la historia, y pusieron fin a casi un siglo de retraimiento e invisibilidad de España. Los esfuerzos por reintegrar el país al mundo, el inicio del final de los gobiernos socialistas, la remodelación de Barcelona –y de Sevilla, con la Expo–, el dominio del pujolismo en Cataluña, sus grietas sociales y el camino al provincianismo, y, evidentemente, el propio desarrollo de este momento histórico a partir de los cinco personajes que presidían la tribuna principal del Estadio Olímpico de Montjuic (Maragall, Pujol, González, Samaranch y Juan Carlos I) forman parte del amplio mosaico que ofrece este volumen.

## PRÓLOGO COBI Y COVID

Cada Olimpiada tiene, como mínimo desde Múnich 72, una mascota oficial. Waldi fue la primera así reconocida, un estilizado perro de raza teckel escogido para la vigésima Olimpiada, celebrada en la República Federal de Alemania. Le sucedieron, en las ediciones de verano de los Juegos Olímpicos (JJ.OO.), el castor Amik en Montreal 76, el osito Misha en Moscú 80, el águila Sam en Los Ángeles 84 y Hodori, el tigre de Seúl 88. La mascota constituye, junto con los cinco aros del olimpismo, en un plano general, y el logotipo específico de cada evento, el símbolo y la marca de los JJ.OO. Resulta, asimismo, una operación de *marketing* y economía de muchísimos ceros. Cada sede elige su particular mascota, que está condenada a tener una corta e intensa vida de cuatro años, esto es, los que van desde su nacimiento y presentación en la Olimpiada inmediatamente anterior hasta la realización de los Juegos en cuestión.

De Seúl 88 a Barcelona 92, de Corea a España, el felino Hodori dejó paso, en 1988, al perruno Cobi. La mascota había nacido en enero de aquel año, llamada de forma provisional Perro Julián o Gos Juli, y fue bautizada definitivamente, en el mes de junio, con el nombre de Cobi. Cobi, como su padrino COOB, el Comité Olímpico Organizador de los Juegos de Barcelona en 1992. Era obra de Javier Mariscal, un artista y diseñador valenciano afincado en la Ciudad Condal. El COOB 92 había convocado, a finales

de 1987, un concurso restringido con media docena de reconocidos participantes para elegir la mascota de los futuros Juegos. Mariscal presentó, en un primer momento y con muchas dudas –como explicaba su amigo, en aquel entonces, Miquel Barceló–, tres propuestas: Palmerito; Petra, que iba a convertirse en la mascota de los Juegos Paralímpicos, y Gamba, una gamba con pinzas de langosta que acabó más adelante, en tamaño gigante, en el restaurante Gambrinus del barcelonés Moll de la Fusta.

En un segundo momento, después de una ampliación de los plazos del concurso, surgió la mascota en forma de perro, inspirada en el *gos d'atura* del Pirineo catalán, pero sin pelo –excepto tres en la cabeza– ni rabo, erecto, simpático, con gran movilidad y el don del habla. El cánido de Javier Mariscal fue el elegido, por delante del Sol Olo y del Gos Uau del artista Peret. Recibió un sustancioso premio en metálico, pero tuvo que ceder todos los derechos y *royalties* sobre su criatura al COOB 92.

No era un perro perro, aseguraba Mariscal, sino un perro humanizado, que rompía con la tradición Disney y la fórmula Naranjito y apostaba por la vanguardia y la modernidad. Las raíces de Cobi se encuentran en los cómics *underground* protagonizados por los Garriris y el perro Julián, que sí era, todavía, un perro perro. A partir de la decisión del jurado empezó el largo proceso de desarrollo de la propuesta, en el que Mariscal contó con la colaboración de Josep Maria Trias, que había resultado vencedor en el concurso paralelo para escoger el logotipo de los JJ.OO. de Barcelona, y del estudio Quod. Tenían cuatro años por delante y optaron por ir descubriendo sin prisas al público, a fin de no quemar la mascota antes de hora, las distintas caras y facetas cobianas.

Desde un punto de vista comercial, el perruno Cobi generó mucho dinero. Durante cuatro años estuvo en todas partes y bajo todas las formas. Era, en palabras de Miquel de Moragas, un producto redondo. Si en un primer

momento no entusiasmó, al representar un cambio enorme en el mundo de las mascotas olímpicas, poco a poco el rompedor Cobi se hizo un lugar en el corazoncito de los españoles y de la familia olímpica. Acabó siendo un personaje muy apreciado. E, incluso, sobrevivió excepcional y parcialmente a los fastos del 92. Sea como fuere, a partir de 1989 iba a compartir presencia con Curro, la mascota de la Expo de Sevilla. Mariscal creó también la *troupe* de Cobi, que dio lugar a una serie televisiva de animación. Dos de sus componentes adquirieron protagonismo en los Juegos Olímpicos de Barcelona: la ya citada Petra y Nosi, símbolo de la Olimpiada Cultural.

Como quiera que sea, Cobi fue y sigue siendo, en el recuerdo, un señor chucho de Barcelona, un *gos d'atura* catalán, un cánido español y un perro del mundo. Local y universal: una mascota *glocalizada*, con mucho de modernidad y algo de innovada tradición. Más allá de la mascota oficial de Barcelona 92, Cobi era un poderoso símbolo: el de una Barcelona moderna y no ensimismada, el de una Cataluña mestiza, bilingüe y no uniformizada y, finalmente, el de una España pujante y relativamente optimista, hija de una exitosa transición a la democracia, normal en la anormalidad, plural en la unidad y con nítida presencia en un mundo que estaba a punto de ingresar en un nuevo milenio.

Por todas estas razones, matar a Cobi iba a ser, según asegura Jordi Amat en *El llarg procés* (2014), uno de los grandes objetivos del proceso independentista del siglo XXI. Tiene mucha razón, aunque la proximidad y la lógica benevolencia, por aquel entonces, antes de la famosa confesión del fraude, de este autor por Jordi Pujol y su fundación no le permiten apreciar de forma adecuada que el *perricidio* empezó mucho antes. A los nacionalistas y a los nacionalizadores del hacer país, Cobi siempre les pareció feo y peligroso: representaba lo que no querían para una Cataluña de su supuesta propiedad.

Los Juegos Olímpicos de Barcelona 92, los de Cobi, se inauguraron el 25 de julio de 1992 en el Estadio de Montjuic. Correspondían a la vigésimo quinta Olimpiada de la era moderna, tras la recuperación fin-de-siglo del barón de Coubertin. La obra que el lector tiene entre las manos está dedicada a aquel día. No se trata exactamente de una historia de los JJ.OO. de Barcelona, pero, en parte, lo es también. A partir de un día se reconstruyen los días de una época, todos los días que confluyen en un día preciso. Entre muchos otros significados, la ceremonia de apertura de aquel evento deportivo y cultural, pero asimismo político, social y económico, encarnó la vuelta al mundo de España. Centenares de millones de personas de todo el planeta asistieron, a través de sus pantallas, a una función fantástica que presentaba a una Barcelona, una Cataluña y una España modernas, creativas, poderosas y con mucho que hacer y decir en un mundo globalizado en pleno cambio. Nada que ver, en cualquier caso, con lo que había ocurrido a lo largo del siglo XX, del ambiguo 98 a la compleja Transición democrática.

Cinco capítulos, como los cinco anillos olímpicos, integran esta obra. En ellos se combinan aproximaciones generales con estudios más puntuales y minuciosos, la perspectiva biográfica —esta es una historia, por encima de todo, de hombres y mujeres concretos, de carne y hueso— con la más social y cultural, el análisis político y económico con el abordaje del deporte en sus distintas vertientes. Representaciones y sonidos adquieren un papel importante. No se ofrece una narración lineal, casi siempre demasiado artificiosa, sino fragmentada. Solamente la unión de todas las piezas, presentadas en variopintas formas, permite acercarse a una imagen más o menos nítida de aquel momento pasado. El 25 de julio de 1992 fue uno de los grandes días de España. Una jornada histórica que sintetiza y contiene la historia de una época.

Miguel Aguilar me convenció para que escribiera este libro, dentro de la colección «La España del siglo XX en siete días», que él mismo me propuso diseñar y dirigir. Aunque dudé un poco al principio, acepté el reto. Ahora, una vez terminado, le estoy muy agradecido. Él y Elena Martínez Bavière son dos excelentes editores. Algunos colegas y amigos han leído total o parcialmente el texto y me han hecho valiosos comentarios: Pedro Rújula, Scheherezade Pinilla, Iñaki González Casanovas, Alfons Jiménez. Y, como siempre, Mònica, además de revisar todas y cada una de las páginas, me ha ayudado, respaldado y animado en todo momento. En el encierro para escribir este libro, una pareja de perros perros, Leia y Luke, primos peludos del perruno Cobi, aunque de una galaxia no muy muy lejana, han estado siempre a mi lado.

Comparten tres letras del nombre, pero Covid, alias COVID-19, no forma parte de la simpática *troupe* de Cobi. Ha arruinado los Juegos Olímpicos del 2020 en Tokio, reprogramados, en el momento de escribir estas líneas, para el verano del 2021 –con muchísimas dudas, sin embargo, sobre la posibilidad de celebrarlos–. Se ha llevado por delante, desde hace más o menos un año, muchas vidas y empresas, muchas certitudes y autoestima, muchos sueños y esperanzas. En momentos de profunda crisis y de negras perspectivas, como las que se están viviendo en todo el mundo en general y, en particular, en España, puede resultar algo esperanzador y reconfortante pensar que ya hemos sido capaces de vencer otras dificultades y de mostrar universalmente nuestra fuerza y nuestras capacidades. 1992, el año de los Juegos Olímpicos de Barcelona, pero también de la Exposición Universal de Sevilla, de la capitalidad cultural de Madrid y de la II Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno, constituye uno de esos momentos. El espíritu de Cobi se me antoja de utilidad, hoy como ayer, a fin de cuentas, para hacer frente a la materia de Covid.

Gerona-París, febrero del 2021

## 1

## LOS MEJORES JUEGOS DE LA HISTORIA

## I

*Fa una nit clara i tranquil·la. Hi ha la lluna que fa llum.  
Els convidats van arribant i van omplint tota la casa  
de colors i de perfums.  
Heus aquí a Blancaneus, en Pulgarcito, els tres porquets,  
el gos Snoopy i el seu secretari Emili, i en Simbad,  
l'Alí Babà i en Gulliver.  
Oh, benvinguts! Passeu, passeu.  
De les tristos en farem fum. A casa meva és casa vostra  
si és que hi ha cases d'algú.*

En una noche clara y tranquila, con la luna dando luz, reza la preciosa canción en catalán de Jaume Sisa, comienzan a llegar los invitados, llenando la casa de colores y de perfumes. Bienvenidos, pasad pasad todos, les dice, puesto que mi casa es vuestra casa. «Qualsevol nit pot sortir el sol» («Cualquier noche puede salir el sol») es un tema de mágica belleza, que forma parte del álbum del mismo título, editado en 1975 por Zeleste-Edigsa. La letra y la música de los ocho temas eran de Sisa: «El fill del Mestre», «El setè cel», «Germà Aire» y «Maniquí», en la cara A; en la cara B, «Cançó de la Font del Gat», «Maria Lluna», «Senyor Botiguer» y, cerrando el disco, con una duración de seis minutos y cuarenta y tres segundos, «Qualsevol nit pot sortir el sol».

Desfilan por la canción Blancanieves, Pulgarcito, los tres Cerditos, Snoopy y su secretario Emilio, Simbad, Alí

Babá y Gulliver. Con todos ellos las tristezas se convertirán en humo. Bienvenidos, pasad pasad. En las estrofas siguientes, a la casa se van acercando Jaimito, doña Urraca, Carpanta, Barba Azul, Frankenstein, el Hombre lobo, el conde Drácula, Tarzán y la mona Chita, la Marieta de l'ull viu –acompañada de un soldado, como en los versos tradicionales catalanes–, los Reyes de Oriente, Papá Noel, el pato Donald, Pascual, la Pepa maca (bonita), Superman, King Kong, Astérix, Taxi Key, Roberto Alcázar y Pedrín, el Hombre del saco, Patufet, Charlot, Obélix, Pinocho, la Moños, la Mujer que vende globos, la familia Ulises, el Capitán Trueno –desplazándose en patinete–, el Hada buena, Cenicienta, Tom y Jerry, la bruja Calixta, Bambi, Moby Dick, la emperatriz Sissi, Mortadelo y Filemón, Guillermo Brown y Guillermo Tell, Caperucita Roja y el Lobo Feroz, el Caganer, Cocoliso y Popeye. Los personajes de los cuentos de ayer y de hoy, de los cómics y de los tebeos, del cine y de los seriales radiofónicos, de las novelas y de variopintas tradiciones más o menos tradicionales confluyen en un espacio extraordinario en el que todo el mundo puede tener su lugar.

Tanto el álbum como, especialmente, la composición «Qualsevol nit pot sortir el sol» fueron, desde el primer momento, un éxito de público y ventas. Todo ello sorprendió de manera muy grata al autor. Quien oía o escuchaba aquella canción se prendaba automáticamente de ella. Acabó formando parte de la educación sentimental de más de una generación de catalanes. Muchos artistas y grupos y, asimismo, no pocos individuos anónimos han interpretado o entonado, en uno u otro momento, alegres o melancólicos, este emblemático tema musical. Existe incluso una bonita y marchosa versión rumbera, confeccionada por Los Manolos.

En verano del mismo año 1975 se celebró en Canet de Mar la primera edición del festival Canet Rock. Las autoridades prohibieron la actuación de Sisa. Con el escenario

vacío y solamente un micro iluminado, sonó por megafonía «*Qualsevol nit pot sortir el sol*», coreada, encendedor en mano, por miles de asistentes. Fue, según el cantante, «uno de los momentos más emocionantes de mi vida». En la película *Canet Rock* (1976), de Francesc Bellmunt, Jaume Sisa interpreta entre los restos de aquella fiesta, con grandes melenas y gafas, sentado en el suelo y con una guitarra, «*El setè cel*», el séptimo de esos cielos que constituyen, en realidad, «paraísos mágicos y encantados».

En los años sesenta, el barcelonés Jaume Sisa, nacido en 1948 en Poble Sec se integró en Grup de Folk –con Jaume Arnella, Xesco Boix, Oriol Tramvia, Ovidi Montllor, Pau Riba y tantos otros– y actuó, en 1968, en el festival de este colectivo en el parque de la Ciudadela. Aquel año grabó, asimismo, su primer single, con «*L'home dibuixat*» –el genial hombre dibujado, hecho de papel, sin carne ni cuerpo– y «*Orgia núm. 1*». Tras una nueva aventura artística, con el grupo experimental Música Dispersa –junto a Albert Batiste, Selene y el Cachas (José Manuel Brabo)–, vio la luz, en 1971, el álbum *Orgia*. Participó, tres años después, con Manel Joseph y otros, en la fundación de la Orquesta Plateria. La carrera musical de Sisa no arrancó, sin embargo, hasta 1975, con la aparición del ya citado elepé *Qualsevol nit pot sortir el sol*. Afirmó, en una ocasión, que había sido como pasar de «la oscuridad al total deslumbramiento».

Jaume Sisa se integró en la órbita de Zeleste, la mítica sala de fiestas –amén de sello discográfico y agencia artística–, y de la denominada Onda Layetana. En 1976 apareció *Galeta galàctica* y, al año siguiente, *La Catedral*. La música y actitud vital de este admirador de Bob Dylan encajaban mal en las manidas etiquetas de la época, desde la nueva canción catalana (la Nova Cançó) hasta el cantautor comprometido o fuertemente politizado. De ahí la emergencia de lo galáctico como centro de una autodefinición, feliz hallazgo que ha acompañado a Sisa hasta hoy mismo.

Se trata de una filosofía de vida, sostiene el cantautor galáctico, basada en siete principios: ironía, metafísica, sentimiento local personal, inocencia o actitud naíf, consciencia, mirada esférica y, por último, como consecuencia de todo lo anterior, discurso propio, inconfundible y reconocible.

En 1979 empezó una colaboración con el conjunto *pop-rock* Melodrama y, poco antes, con el grupo de teatro Dagoll Dagom, que dio como fruto dos exitosos musicales: *Antaviana* (1978) y, sobre todo, *Nit de Sant Joan* (1981). En la versión castellana de este último, *Noche de San Juan* (que «es noche de fiesta»), los textos y las canciones fueron traducidos y adaptados, respectivamente, por Juan Marsé y Jaime Gil de Biedma. Mucho tiempo después, en el 2013, Sisa iba a escribir las canciones y actuar en *Adiós a la infancia, una aventi de Marsé*, un montaje dirigido por Oriol Broggi sobre textos de Juan Marsé. El mundo de este escritor barcelonés, sostiene Sisa, toca directamente sus raíces sentimentales y biográficas.

El álbum *Barcelona postal* se publicó en 1982, fruto de una aventura junto con el artista conceptual Antoni Miralda; *Roda la música*, en 1983, y, al año siguiente, *Transcantautor. Última noticia*. En uno de los temas de este último elepé, «Cantautor català», este cantautor catalán, sin ningún compromiso, con el corazón limpio y claro y feliz, dice adiós a su país. Este trabajo constituyó la despedida de Jaume Sisa. Anunció, en rueda de prensa, la definitiva retirada de la canción y del espectáculo. El hecho iba a generar una cierta incomprensión, puesto que desaparecía en un buen momento de crítica y público. Necesitaba, sin embargo, un cambio.

Un tipo muy parecido a él, que respondía al nombre de Ricardo Solfa, debutó en 1986 en un concierto de Joaquín Sabina y Viceversa en Madrid, interpretando el tema «Hay mujeres» («de fuego y helado metal»). Desde el año anterior se había instalado en la capital de España, cam-

biando el cabaré galáctico de Zeleste por el Elígeme. A pesar de lo negado por su amigo Gato Pérez, en la canción «Barca, cielo y ola» (1986) —«Dicen que no es la que era, / que se ha vuelto provinciana, / que ha perdido el swing / y habla una lengua rara»—, la Barcelona de los ochenta ya no era una fiesta. Para Félix de Azúa se asemejaba al Titanic. A Donat Putx le contó Sisa, en un libro de conversaciones, que él asociaba el final de la alegría y de la fiesta barcelonesa de la segunda mitad de los setenta a la llegada de los políticos nacionalistas, encabezados por Jordi Pujol: en 1980 «apareció el Estado en forma de Generalitat, y la casta dirigente representante de la oligarquía catalana terminó con la fiesta y empezó el mito de la construcción nacional». La instalación en Madrid supuso, al fin y al cabo, una suerte de liberación.

En la biografía oficial de Ricardo Solfa se destaca que era un intérprete polifacético, nacido en alta mar, cantante melódico en variopintas y a veces oscuras orquestas, y bolero, recuperador «del bolero y la tradición latinoamericana-europea contra el *rock*». Intentó reactualizar y comercializar la canción sentimental española. Firmaba la mayoría de sus temas el compositor Armando Llamado, un «hombre solitario» al que había conocido supuestamente en 1979. Ricardo Solfa tuvo éxito de crítica, pero falló tanto en las ventas de discos como en el favor del público. «El fracaso más grande de mi vida», sostiene. Esto fue especialmente sangrante en Cataluña, en donde tuvo que soportar además acusaciones de traición, como otros artistas antes que él —Joan Manuel Serrat el primero de todos—, por haber pasado a cantar en castellano. Hizo televisión —la serie *España en Solfa*, en 1990—, teatro y colaboró en algunas películas.

Carlos Cano le dedicó en esa época —en la que era «vocalista de boleros de pasión, / de amores traicioneros que te parten el corazón»— una bonita y cariñosa canción, «A Jaume Sisa», que forma parte del álbum *Forma de ser*

(1994), del cantautor granadino: «De Sisa, Solfa salió, / la cabeza, las orejas, / el rabo *poc a poc*. / Ya no canta en català, / como el Jordi Pujol. / Adivina, adivinanza, / *l'amore* hay que ver lo que cansa». La etapa madrileña nos ha legado tres álbumes, editados por Nuevos Medios: *Carta a la novia* (1987), *Cuando tú seas mayor* (1988) –con portada de Javier Mariscal, el mismo año del nacimiento del perruno Cobi– y *Ropa fina en las ruinas* (1992). Destacaban, en este último elepé, la marinera «Navegar por navegar», la juguetona «Tranvías caracoleando» o los aires toberos de «Mátame tú» («o te mato yo, con la ciega y absurda estocada de la sinrazón»).

Al año siguiente, Ricardo Solfa y Pascal Comelade grabaron el single «Yo quiero un tebeo» –«Yo quiero un tebeo, yo quiero un tebeo, / si no me lo compras, lloro y pataleo»–, un tema original de Mercedes Belenguer y Francisco Codoñer, que en épocas lejanas habían entonado Pepita Ramos «la Goyita», Trini Avellí o Antonio Palacios. Solfa se iba diluyendo. Vio la luz, en 1996, como una suerte de colofón de las vivencias de todos los yos del cantautor (Jaume Sisa y Ricardo Solfa, el compositor Armando Llamado y el crítico Ventura Mestres), presentados por un «viajante del comercio de las ilusiones», el cedé-libro *El Viajante*. Incluía, además de fotografías de todos los Sisas de Sisa, un manifiesto galáctico.

Con el excelente *Visca la llibertat*, del 2000, reapareció Jaume Sisa tras más de tres lustros retirado, según contaba por aquel entonces, «apartado de la música y del mundo en una residencia del Maresme para personas con el alma cansada». El álbum, que contó con la colaboración de Pascal Comelade, se abre con «Tornar a cantar» –«volver a cantar, como antes»– e incluye temas como «Boletaires», «Himne galàctic» o «Innocents». La pieza que da título al álbum constituye un auténtico himno al elemento que seguramente articula la obra artística de este cantautor galáctico, irónico y onírico, heterodoxo y un pelín ácrata, sen-

sible y genial: la libertad («Visca la llibertat. / Guarda la soledat. / Dona la fraternitat. / Visca la maria, / la rauxa i el vi. / Visca la vida, / ara i aquí»). Viva la vida, aquí y ahora. La libertad o el santo espíritu libre, como dijera en otra pieza posterior. Desde entonces, el artista no ha dejado de componer, cantar y grabar: *Bola voladora* (2002), *El congrés dels solitaris* (2005) –en la canción «Noi del barri», este chico del barrio se declaraba solidario con la pasión, trabajador de la pereza, partidario de la abstracción y patriota de ninguna nación–, *Ni cap ni peus* (2008), *ExtraSisa* (2013) o *Malalts del cel* (2016).

En septiembre del 2019 llegaron a las librerías los dos volúmenes de *Els llibres galàctics 1966-2018*. Se trata de un total de siete libros galácticos. En el primero se reúnen todas las letras de las canciones de Sisa –con algunos ineludibles textos del imaginado comentarista oficial del artista, Ventura Mestres–. El segundo está constituido por sus creaciones en verso y en prosa, el tercero por una recopilación de aforismos y el cuarto por documentos varios, desde discursos hasta artículos y correspondencia. «Intérprete polifacético», el quinto, incluye la tarjeta de visita de Ricardo Solfa, el único escrito de su autoría. En el penúltimo, «Cancionero y variedades», se incluye la obra de Armando Llamado. El séptimo libro –como los siete cielos de la canción primigenia o los siete principios de lo galáctico–, finalmente, reproduce la parte escrita del cedé-libro *El Viajante*. Sisa es, a fin de cuentas, uno de los artistas más geniales de su generación y de la música catalana contemporánea.

En el 2008, coincidiendo con su sesenta aniversario, el cantautor galáctico fue invitado por el Ayuntamiento de Barcelona a pronunciar el pregón de las fiestas de La Mercè –y a ofrecer un gran concierto, acompañado de sus amigos, desde el *cantaire* Pau Riba hasta Serrat–. Jaume Sisa habló de la ciudad, de su memoria y de su infancia, de una Barcelona «prodigiosa y codiciada, turística y do-